

Adelantado don Alonso de Lugo tomó a su cargo construir torres fuertes en la costa y en el mismo Tagaos, estalló la resistencia indígena (batalla desgraciada de Las Torres, 1500?) y, en fin, los tratos de Cintra coronaron las gestiones de Portugal para que Castilla le abandonara toda esta costa con su rico comercio. Sólo se reservó Santa Cruz de Mar Pequeña, que se mantuvo con vicisitudes, pero ya sin el provecho de antes, de mercado europeo exclusivo, hasta 1527. Lo curioso es que no sabemos ya dónde estaba esta famosa torre. Razones políticas la fijaron en Sidi Ifni, pero su emplazamiento cierto es desconocido. Rumeu, reservándose las razones, lo fija en la boca del Uad Chevica. Otros, con bastantes indicios, en Puerto Cansado . . .

Uno de los oyentes, don Mario Rial, mostró una serie de fotografías de los lugares discutidos, que personalmente conoce; la exhibición fue muy agradecida por el Dr. Serra, por la nueva luz que puedan dar para el esclarecimiento del problema.

Las algas de Canarias en la obra científica de Viera y Clavijo

Comunicación de MÁXIMO MARTÍN AGUADO

10 de diciembre de 1956. Paraninfo del Instituto
de Enseñanza Media de La Laguna

El comunicante da cuenta de sus investigaciones sobre las algas del Archipiélago y dice que, hasta donde ha podido averiguar, las primeras citas de especies de las Islas están contenidas en el *Diccionario de Historia Natural* de Viera y Clavijo. Pero como esta obra, concluida en 1799, no se publicó hasta 1866, los datos contenidos en ella no pudieron ser tenidos en cuenta por los investigadores posteriores, y por eso constituyen el objeto de su comunicación al Instituto de Estudios Canarios.

Para valorar estas citas, el Sr. Martín Aguado examina el ambiente botánico del siglo XVIII, que tiene entre nosotros, como broche luminoso, a Viera; detalla el momento en que éste ingresa en el mundo científico, analiza la formación que había logrado adquirir y emite un juicio crítico sobre su obra.

Se detiene especialmente a considerar los trabajos de Tournefort, Lineo y Antoine-Laurent de Jussieu, así como las repercusiones que tuvieron en España, y afirma que, aun cuando estos botánicos realizaron progresos decisivos en el estudio de las plantas superiores, apenas lograron avanzar en el conocimiento de las plantas más sencillas, hasta el punto de que hacia 1800 las algas eran casi tan mal conocidas como lo fueran en la antigüedad clásica. Por lo mismo, prosigue, hacia esa fecha eran ya conocidas en Europa muchas de las plantas superiores típicas de Canarias, mientras que de las plantas inferiores prácticamente sólo se tenía noticia de la *orchilla*, y ello por haberse creído que los romanos extraían de ella la púrpura. Le parece más probable, sin embargo, que utilizaran con este objeto un alga muy común en el Mediterráneo y en Canarias, a la que el español Clemente designó en 1807 con el nombre de *Fucus tinctorius*.

En relación con la vida y la obra de Viera entiende que deben distinguirse dos etapas: la del historiador y la del naturalista. Pero en tanto que fue un historiador logrado, como naturalista quedó parcialmente frustrado, a causa de una preparación tardía y deficiente.

Su vocación científica se despertó muy pronto (al leer al padre Feijoo) y encontró cauce para desarrollarse en la tertulia del V Marqués de Villanueva del Prado. Viera se propuso escribir entonces la Historia Natural y Civil de Canarias, y consiguió sólo lo segundo. Le sucedió en esto —observa— lo contrario que a Bory de Saint Vincent o a Berthelot, los cuales vinieron a las Islas principalmente con el propósito de escribir su Historia y terminaron por escribir su Historia Natural.

Sus dos viajes al extranjero mejoraron mucho su preparación. Así y todo regresó al Archipiélago sin haber adquirido esa formación práctica que es indispensable para progresar en las Ciencias Naturales. Y no pudiendo escribir la Historia Natural que se había propuesto, se limitó a ordenar cuánto había aprendido o descubierto sobre las Islas, y, tomando como modelo el *Diccionario de Historia Natural* de Valmont de Bomare, redactó el suyo sobre Canarias.

A continuación analiza la parte de esta obra dedicada a las algas y hace notar cómo al incluir estas plantas en su *Diccionario* Viera se esforzó únicamente por presentar su obra más completa. Pone también en evidencia cómo el concepto que tenía de las algas era el mismo de Lineo, por lo cual las cita confundidas con los líquenes e incluso con los animales.

Por la obra de Lineo y por los datos de Bomare, prosigue, Viera alcanzó a tener noticia de, aproximadamente, 100 especies de algas verdaderas. Pero resultándole sin duda penoso tener que discernir entre un número para él tan elevado, se ve que seleccionó las aproximadamente 30 especies que Lamarck y otros daban como más comunes en Francia y se limitó a intentar reconocer las más fáciles entre el copioso muestrario que las Islas le ofrecían. Por este procedimiento cita hasta 9 especies en su *Diccionario*, pero no cree que identificara realmente sino 7, de las cuales da el Sr. Aguado su interpretación actual. Entre ellas figura la más común en la tierra natal de Viera —el valle de La Orotava—, alga que tanta importancia industrial tiene hoy. Con lo cual este valle, por tantos conceptos afortunado, vuelve a ser también el afortunado de las algas.

Concluye su disertación refiriéndose a otras algas —los «confites de Gran Canaria»—, de las que también trató Viera, sin saber que eran plantas, aunque dio de ellas una primera y, para su tiempo, meritísima interpretación biológica.